

Héctor Rojas Herazo

Goyesca de Goya



Goya: «Y no hai remedio»

Goya es todo lo animal, todo lo sabio, todo lo plebeyo, todo lo misterioso de España metido, apisonado, dentro de un baturro en traje palaciego. Un baturro, malhumorado y soez, que se quedó sordo de tanto oír esa charanga de misa negra que bufa en las entrañas del toro ibérico. Goya es feroz. A Goya no le vienen con cuentos. Con realezas de carnaval ni con maneritas francesas. Ni con principitos de la paz ni con señoritos de mirínaque. Goya va al grano, a la raíz, al tuétano puro. Por eso es rabioso. Por eso es popular. España, no lo olvidemos un solo momento, es rabiosa y popular. España todo lo ha hecho con su rabia y su pueblo. Y Goya es su síntesis. El Greco tenía demasiado bizantinismo en la sesera, demasiado silogismo plástico, demasiadas sutilezas helénicas, para redondear su españolidad. En cambio a Goya ni le falta ni le sobra nada. Está completo. Tiene la salud del aricreste –esa salud que dan los huesos sólidos y la panza repleta de caldos succulentos- y la fiebre alucinada de la abadesa de Ávila. En el fondo una salud religiosa. Un deseo de acercarse a lo más puro con los jugosos instrumentos de la elementalidad. No tenemos más que verlo. Con su testa recia, sus pupilas agresivas, su belfo saliente, despectivo, chocarrero. Están de más esos adminículos caballerescos, muy de la época: ese cubilete y esa corbata abultada. En verdad no consiguen cosa distinta a poner de relieve su ordinariez, su bravura y su empuje. Ese genio suyo hecho de hoces, de cruces partidas, de labriegos que blasfeman con los maceteros engrafiados y se ponen a danzar en torno de los tricornios invasores chamuscados por la pólvora. De ese viento de palabras al rojo vivo está hecha la mirada de Goya. Porque con Goya el pueblo se mete en las cámaras reales, en las fiestas de los jardines galantes, en los cuchicheos de pasillo, en los purpúreos salones eclesiásticos. Y con Goya el pueblo se mira a sí mismo. En su picardía, en su locura, en su heroicidad, en su hambre, en su diversión lujuriosa. Goya pondrá a los sacerdotes parroquiales a acaballar sus jamelgos de sacristía. Sorprenderá a los hijosdalgo buscando, a gatas, en la media noche de las ventas, los rollizos atracti-

vos de las maritornes. Y pondrá a las brujas –esas parcas desdentadas que tejen la madeja del adulterio en el teatro del diez y seis- a avivar la parrilla de San Lorenzo. Y a Goya le gusta el luto, le gusta la sangre, le obseden el ruido y las tinieblas. Sus rostros se han quedado fijos, sudando destrucción de acá abajo. Porque Goya no tiene nada que ver con lo de arriba. La cosa es de acá. De la tierra. Por eso no convencen sus santos. No supo ver ni concebir el cielo. Estaba demasiado ocupado con el gigantesco espectáculo de la tierra. Por ahí tiene un San Jerónimo que más parece cosa de presidio que criatura de angélico destino. Pero, en cambio, miremos ese turbión oscuro de sus jayanes de patíbulo. O, si lo preferimos, esos soldadotes y esos judíos embriagados que befan a Cristo. ¡Qué seguridad, qué precisión, cuánta potencia realista hay en todo esto! Goya se detiene –con jugosa delectación, con recóndito brío- en estas facciones descompuestas, en estos garfios digitales, en estos músculos, tensos y grisáceos, por los que resbala una lumbre azufrada. Es la vida; la vida de siempre, la que captan sus ojos y la que testifica su pincel. Son brochazos vesánicos, volúmenes de pesadilla, colores que aturden, los que amontona en sus lienzos este labrador de la pintura. Igual a lo que hacen los campesinos en la siega. Pero aquí no es centeno ni trigo. Aquí es sangre, jirones históricos, los que colecta y acomoda, con sus hoces a todo vapor, el jadeante aragonés. La obra de Goya es, por eso mismo, la geografía pictórica de España. A sus majas, sus petimetre, sus nobles y sus verdugos ya se los comió la polilla. Pero los encontramos, frescos y definitivos, en ese trágico mapa donde siguen sudando, donde siguen matando, donde siguen oliendo flores, donde siguen danzando y taconeando entre fusiles y botellas de manzanilla. Porque Goya lo vio todo de una sola vez. Desde la degeneración de la casa reinante hasta el alarido de espantapájaros del fusilado de la Moncloa. Todo eso lo vio Goya. Y vio, también, un niño desolado mirando a un alguacil en la puerta de un orfelinato. Por eso Goya se tapó los oídos. Tenía demasiado con el fantástico escándalo que atesoraba para que le vinieran con otra barahúnda.

